



JOSÉ EMILIO PACHECO

El infierno en la tierra

CHRISTOPHER DOMÍNGUEZ MICHAEL

Sartre dijo que el infierno eran los otros. Exama Lima, tras conceder la existencia de tal lugar, lo imaginó vacío. Pacheco cree "no hay infierno. Aquí pagamos todo". Esta divisa, tan vieja como varias de las herencias gnósticas, anuncia al viajero que ha ingresado al reino del hombre de letras mexicano que firma sus artículos con unas iniciales JEP, que lo singularizan en nuestra literatura contemporánea.

JEP —por sus iniciales lo conocen los lectores mexicanos— me parece, como ya lo he dicho en otros libros (v. gr. *Servidumbre y grandeza de la vida literaria*), un problema a discutir. Su influencia es hija legítima de su propia elección como monista, condición que proviene de dos fuentes. Una de ellas es modernísima, fluye en Borges y marca el primado de la lectura sobre la escritura. El *pietisme* nórdico

(que tantas desgracias ha provocado) hizo de Pacheco un fanático de la humildad, capaz de hacer de la falsa modestia una autoestructura. La otra fuente es la venerable terna del escritor como dérgo que sostiene los valores universales de la ilustración contra la barbarie. En el curso de su carrera, Pacheco fue descartando varios papeles en el teatro de la cultura nacional: ni el hombre de letras como funcionario, ni el artista como desdichado enemigo de la vida social ni el intelectual comprometido. Lejos de la burocracia cultural y de la beligerancia

Como periodista literario se ha autodefinido el ganador del «Premio Iberoamericano de Poesía Pablo Neruda», porque ha escrito, entre otros temas, sobre los avatares de México, su país natal.

política, JEP se convirtió en maestro Jerónimo. Y en ese papel fatigó a muchos de sus fieles lectores por sus rutinarias caídas sobre la miseria y la corrupción de México, país enterado cada semana por quien firmaba una popular columna en el semanario «Proceso». Algún día escribió alguna vez que Pacheco se autotagaba, a diario, a periodistas.

Invisible pero gradualmente poderoso, gozando de las comodidades de una torre de marfil con ventana a la plaza pública, Pacheco, literato humanista, tradujo su compromiso en horror ante el Progreso devastador, una retórica de la catástrofe basada en los valores de un buen nacionalismo que ya no se atreve a decir su nombre, y en la creencia —que proviene de la vulgar academia— en una

deshumanización homológica con la barbarie, olvidando que lo único enteramente humano es la naturaleza. La poesía de Pacheco, cada día de manera más llamante, es la poesía de un pedagogo: sólo me conviene cuando veo a los escoleros formados en la Peña de Guadalupe en busca de la firma del autor de *Tarde o temprano* (1980 y 2000). Aquella frase de Walter Benjamin, sobre la esperanza de los desesperanzados se convirtió en la divisa parachequiana: no siendo un clon ni un profeta, JEP quedó en un artista de la quaja.

Pero Pacheco es un perio-



DE LA ERUDICIÓN A LA CRÓNICA.— Pacheco ha dibujado en su obra una galería de personajes que van del honor a la miseria.

disto literario (cómo a él le gusta llamarse) a quien debo (y, conmigo, tantos otros) mucho de lo que soy como lector. Aunero su pasión por la historia mexicana y la dolorosa enconización de sus demonios, la curiosidad enciclopédica por tantas lenguas y todas las literaturas o la versión contemporánea de un fragmento de la antropología griega. De la erudición a la crónica, JEP ha dibujado una galería de atónitos que van del honor a la melancolía, de las vidas paralelas de

siglo XX que fueron tan esplendorosas para la cultura mexicana. Quiriendo ser un cronista del desastre, Pacheco nos sobrevivirá como garante de una alta cultura literaria representativa de un México no demasiado lejano, donde la crítica (de arte, de cine, de literatura) fue considerada como una de las bellas artes.

La primera educación literaria, y acaso la decisiva, fue la frecuentación semanal, desde los doce años, del *Inventario* publicado por JEP durante décadas. Sin él, yo nunca habríamos elegido la crítica como oficio. Sería imposible enumerar la totalidad de los autores que conocimos gracias a la invitación de Pacheco: Martín Luis Guzmán y Alfonso Reyes, Edmund Wilson y TS. Eliot, Rubén Darío y los modernistas mexicanos, Walter Benjamin y Federico García, Ignacio Manuel Altamirano y Vladimír Holan, Walt Whitman y Satorio, Francisco Javier Clavijero y Cyril Connolly. La lista es variopinta; no lo es la visión universalista de JEP, esa omnipresencia que le permite relacionar, a través del eterno presente de la crítica, las heridas más viejas en el drama de la civilización con la actualidad incruente de la barbarie. Fue en su encuentro en algunos de sus cuentos y poemas, pero sobre todo en *Morirás lejos* (1967), una de las novelas más inteligentes que en América Latina se han escrito sobre el Holocausto.

En 1989 en la Residencia de Estudiantes, en Madrid, me atreví a preguntarle a Pacheco, una vez terminada una lectura de poemas, qué pensaba de la aparente impunidad de su poesía, que en

ese entonces nadie se atrevía a criticar. Quizá recogí la necesidad de su propia generación de distanciarse de sus maestros, aun de los más queridos, como reza el como de esas querellas entre los antiguos y los modernos que todos nos vemos obligados, en nuestra pequeña medida, a repetir. Pero si he criticado a JEP, lo he hecho guiado por la creencia en la profundidad y la nobleza de la amistad literaria, que él me enseñó a considerar, desde su escritura, como aquello que se forja fuera del comercio mundano entre escritores, en la soledad de la lectura.

Y aquella noche en Madrid, tras mi imperipencia, Pacheco no se enojó conmigo. Antes, al contrario, nos fuimos a cenar. La conversación duró tanto que a la hora de regresar a la Residencia de Estudiantes, donde pensábamos, nos encontramos cerradas las puertas de esa benemérita institución, al parecer todavía ajena a la liberalidad de costumbres propias de la democracia española. No hubo más remedio que saltarse la reja; José Emilio encabezó el asalto del castillo y, durante unos inolvidables momentos fuimos, en el mejor de los mundos posibles, contemporáneos de todos los bachilleres traspachados de la historia.

El infierno en la tierra [artículo] Christopher Domínguez Michael.

Libros y documentos

AUTORÍA

Domínguez Michael, Christopher, 1962-

FECHA DE PUBLICACIÓN

2004

FORMATO

Artículo

DATOS DE PUBLICACIÓN

El infierno en la tierra [artículo] Christopher Domínguez Michael. retr.

FUENTE DE INFORMACIÓN

[Biblioteca Nacional Digital](#)

INSTITUCIÓN

[Biblioteca Nacional](#)

UBICACIÓN

Avenida Libertador Bernardo O'Higgins 651, Santiago, Región Metropolitana, Chile